

La carrera de las estrellas, un ejemplo de cultura campesina

David Devis Ortiz
Magazín Ah! Simple y claro

La tarde anunciaba su llegada. En el Municipio de Pauna en Boyacá a siete horas de la gran ciudad se respiraba un ambiente de festejo total. Por las empinadas y estrechas calles hacían su aparición cientos de mujeres, hombres y niños campesinos provenientes de las veredas aledañas, quienes velozmente en medio de la expectativa acudían al llamado de la música de carranga que sonaba a lo lejos en el polideportivo.

Con el tronar de los voladores, que anunciaban el inicio de las actividades, en los altoparlantes del montero azul que se encontraba parqueado en la esquina de la calle 8ª con carrera 9ª, diagonal a la iglesia principal, Rafael Núñez, director del Colegio Nacionalizado y organizador de la competencia de arrieros, informaba a los participantes las novedades, penitencias y recorrido de la carrera: *“un momentico, hagan el favor de organizarse. Recuerden que para este año los arrieros van acompañados de sus esposas en toda la carrera. Mucho cuidado al recorrido y a las penitencias: primero, cargan las bestias aquí en la bodega de don José Lancheros. Luego le dan la vuelta al parque y van al Banco Agrario hay juegan rana y toman chicha; luego van a la tienda de don Vanegas se comen un huevo con ají, responden unas preguntas y sacan un dulce dentro de la harina. Luego, bajan por la calle donde la vida no vale nada, vuelven a la bodega de Lancheros descargan y por último, van a la tarima del polideportivo con sus respectivas esposas, bailan carranga, recitan una copla y responden las preguntas. Cada 5 minutos sale un participante, el mejor puntaje y tiempo gana, ¿está claro?”*

Y sin nada que envidiarle a la carrera de las estrellas que cada año se celebra en Cartagena, campesinos de Múzo, Íbama y Otanche, solo por mencionar algunos municipios de donde provenían los participantes, dirigían sus mulas a la bodega de Lancheros, en medio de la cuadra sobre la carrera 9ª, que jugaba el papel de zona de *pits* donde la travesía inicia para ellos y su equipo con el monte de la carga. Entre tanto, en medio del barullo y el desorden de los cerca de 25 participantes y de los espectadores del evento, nuevamente Núñez levanto la voz: *“por favor un poco de orden o sino no comenzamos. Arranca Ricardo Sierra...”*

Con el sonar de las herraduras de una mula blanca en medio de la multitud, apareció en un hombre de no más de 45 años de edad con cotizas negras, camisa blanca, pantalón gris y sombrero de paja, Ricardo Sierra y su esposa Margarita. Particularmente, sobresalían del grupo por su mirada que expresaba tranquilidad, su sonrisa permanente y su ánimo frente al resto de competidores. *“Nosotros semos campesinos trabajadores de la tierra y hay que participar del festival campesino a si uno no gane nada, hay que estar al lado del marido ¿si?”*, comentaba Margarita al grupo, mientras Ricardo se

adentraba en la bodega donde se encontraban los dos bultos a cargar en la mula.

“*Agarre hay hija, apure...*” dijo Ricardo unos minutos después de traer el primer bulto de grano y luego de amarrar el apero y medio asegurar el encargo, entonces Margarita, su esposo y la mula blanca se abrieron paso entre la gente y arrancaron a correr rumbo al Banco Agrario. “*Apure hija, apurele...*” gritaba Ricardo a medio trayecto justo al frente de la UMATA, a dos minutos de llegar a la primera estación con el cronometro rodando y la segunda pareja detrás. Una vez allí y en medio del agite de la carrera, las pruebas no se hacían esperar. Dos totumas de chicha de maíz tamaño extra grande y 10 vueltas de cuerpo entero les daban la bienvenida. La pareja de Ibama ahora se enfrentaba cara a cara con el sapo metálico que les daría la victoria parcial sobre el lote. Desafortunadamente el efecto de la chicha y las vueltas no se hicieron esperar. Fueron solo 4 de 6 los aros metálicos insertados en el juego criollo de madera. Al parecer en esta versión de la carrera de las estrellas, la suerte no acompañaba a los entusiastas Ricardo y Margarita.

Rumbo a la segunda estación, como a tres cuadras hacia el oriente del Banco Agrario, el locutor anunciaba por el perifoneo, instalado en un montero azul los pormenores de la carrera al mejor estilo del clásico RCN y que la primer pareja de arrieros se acercaba a la tienda de don Venegas.

Eran Ricardo y su esposa quienes se enfrentaban ahora a los huevos rellenos con ají y al platón de harina donde la misión era rescatar el dulce. “*Meta la cabeza mijo*” dijo Margarita con el tono de su voz apurando a su esposo, “*dónde está, dónde está, que no lo encuentro*” respondió Ricardo. “*hágale rápido que nos alcanzaron*” agregó de inmediato Margarita y con la cara blanca, de repente todo el mundo vio en cámara lenta como salía el dulce de entre los dientes de Ricardo, lo que quería decir que podían ahora tomar la vía donde la vida no vale nada rumbo a la última estación.

Y raudas y veloz salieron la mula, el hombre y la mujer por una vía de bajada que pasaba por el lado del polideportivo donde la fiesta estaba prendida y en la segunda curva la bestia con la carga queda en el piso. “*hay Dios mío, carajo*” grito Ricardo tomándose la cabeza con las manos mientras Margarita evitaba que el daño fuera peor. Luego de 5 minutos pudieron de nuevo ponerse en marcha. Para ese entonces, su posición privilegiada como punteros de la carrera se perdía, el reloj ya los hacía acreedores del tercer puesto en la general.

Luego de descargar la bestia, bailar carranga y lanzar la copla en la tarima del polideportivo, como lo establecían las reglas del evento trazadas por el profesor Núñez, Ricardo y Margarita bajaron de la tarima y sobre la primer escalinata en medio de los gestos exagerados de su cara Ricardo comento mientras esperaba la llegada de cada uno de sus compañeros y el veredicto del jurado “*hay juemadre, es mucha la picada que siento yo, si es que yo no estoy acostumbrado a comer afí, bendito Dios nos hizo falta la chichita*”.

Minutos después, el jurado calificador dio a Ricardo y Margarita un cuarto puesto con 13 minutos de tiempo cronometrado y penalidad por la caída de la carga. La satisfacción acompañada de un abrazo selló el capítulo por esta oportunidad a la participación de estos dos campesinos en el festival de este año. Campesinos que en medio de la cotidianidad del trabajo duro de la tierra pudieron disfrutar, en cierto sentido, de los 350 millones que el Ministerio de Cultura asignó al Municipio de Pauna para que vivieran tres días de fiesta de la mano de la doceava versión de la carrera de arrieros, de la carrera de las estrellas, donde el protagonista sin duda alguna, es la cultura del campesino colombiano.